

## EL CLON MUERTO Y LA PRECONCEPCIÓN NO PECHO<sup>1</sup>

Roberto Scerpella\*

*La soledad no te enseña a estar solo,  
sino a ser único.*

E. Cioran

Quisiera presentar algunas ideas que tienen que ver con la preconcepción no pecho y con la idea de un doble muerto como parte constitutiva de nuestra identidad. Estas son ideas que surgieron durante mi trabajo acerca del Niño del Carretel a partir del cual me quedó claro que, a diferencia de lo que Freud planteaba, sí existe una representación de muerte en el inconsciente individual.

Conceptualmente, pienso que la existencia de lo intrapsíquico no está reñida con la idea de lo intersubjetivo. La fantasía y la realidad conviven de forma indisoluble y, en este sentido, existe un flujo continuo entre lo interno y lo externo en el cual muchas veces resulta muy difícil determinar dónde comienza y dónde termina la experiencia global del individuo. Considero que Freud no pudo desprenderse de su formación médica cuando manifestaba, en una confesión —dicho sea de paso, muy poco citada—, que él practicaba el psicoanálisis al no existir por el momento una herramienta más adecuada para curar la neurosis y que confiaba que llegaría el día en que, vía intervenciones químicas, íbamos a estar en condiciones de modificar el equilibrio energético que sostenía determinado conflicto psicológico. Digo esto sin desmerecer en absoluto el aporte de las neurociencias al alivio del sufrimiento humano.

---

1 Ponencia del XIV Congreso Peruano de Psicoanálisis: Vínculos y Soledades. Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Lima, setiembre 2015.

\* Psicoanalista en función didáctica de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.  
<robertoscerpella@gmail.com>

Tengo la esperanza de que esa premonición, por lo demás pesimista y limitante del psicoanálisis en el tiempo y en el espacio, nunca vaya a llegar a concretarse, sobre todo si tomamos en cuenta nuestro contacto analítico con lo que se ha convenido en llamar nuevas patologías. En éstas, si comparamos la mente con un sistema audiovisual, habría que decir que lo que está fallado es el proyector y por lo tanto la narrativa que nos muestra es absolutamente engañosa, su génesis debe su origen a fallas y déficit, antes que a encuentros psíquicos. La idea del déficit nos remite inevitablemente a plantear que el ser humano se constituye a partir y en contrapunto con otro ser humano. El bebe humano nace prematuro no sólo por razones anatómicas. Necesitaríamos una gestación de más de dos años para equiparar nuestro desarrollo al de otros mamíferos, y esa inmadurez, si bien tiene consecuencias fundamentales para el desarrollo normal o patológico del niño —como Freud lo señaló— es absolutamente indispensable para que un ser humano se desarrolle como tal. El cúmulo y la naturaleza de esa experiencia resultan decisivas para la evolución mental del infante humano. La vulnerabilidad nos constituye y con ella y sobre ella construimos nuestra persona.

Ya Winnicott nos enseñó la imposibilidad de definir al bebe si no es en conjunción con su madre. No existe tal cosa como un bebe, nos decía, lo que para mí no quiere decir que el bebe no exista, sino que es incapaz, si no se asocia a otra mente, de sobrevivir y madurar, aunque él no lo sepa. La angustia básica del bebe es, para mí, la de muerte (angustia de aniquilación, en términos kleinianos), y la angustia básica de la madre es la de hacer que su cría sobreviva física y psicológicamente. Como analistas debemos sobrevivir al análisis y también permitir que el paciente sobreviva en su individualidad. Este sabio mandato que nos hizo Winnicott homologa nuestro oficio con la función esencial de la vida: cuidar la vida.

Winnicott definía al bebe como un ser inmaduro al borde de una angustia inconcebible. En realidad, habría que decir al borde de angustias inconcebibles, a las cuales daba el nombre de agonías primitivas, psicóticas en su naturaleza e inanalizables en el sentido clásico del análisis de Freud. Me he atrevido a plantear (1987, 20013) que la desolación es una de ellas. Desolación como signo de caos y desesperanza radical, como signo de muerte entendida como ausencia y vacío; vacío lleno y denso, a veces recubierto por estructuras defensivas primitivas, a veces, desparramado por la vida buscando la muerte. Vivencia cuyo registro considero esencial en nuestro trabajo, ya que el devenir de algunos procesos analíticos depende del hecho de abordar estas angustias o agonías primitivas para no arar en el mar y creer ficticiamente que estamos

progresando, cuando en realidad estamos dando vueltas sobre nuestro propio vacío o encontrando significados insustanciales de una narrativa construida en una locura de a dos. Quisiera sugerir la idea de que así como la sexualidad puede ser factor inductor de graves transgresiones éticas y actuaciones iatrogénicas, la desolación también puede transformarse en un poderoso factor que distorsione seriamente nuestro rol. Es la vida misma lo que está en juego. Definí la desolación hace un tiempo como la expresión intrapsíquica del desamparo fenomenológico descrito por Freud, que se caracteriza por una fuerte combinación de desesperanza e impotencia psíquica y que, según calificó en *Inhibición, Síntoma y Angustia*, constituye la matriz de todas las demás angustias que acompañan el desarrollo del sujeto.

La mente del infante necesita de otra mente para vivir y evolucionar, pero eso no quiere decir que la suya sea una mente que no aporta nada al intercambio; el bebe tiene preconcepciones, acciones e intenciones. Considero también que desde el inicio de su vida tiene un tipo de sensación acerca de sí mismo, pues será imposible decir que un bebe es un ser al borde de nada... El narcisismo primario no existe como Freud lo propuso; existe como una forma particular de relación de objeto signada por la omnipotencia y la fusión, la cual es sentida de manera especial cuando las cosas ocurren como el bebe tiene inscrito en su ser que deben ocurrir. El narcisismo sano es la señal de que el proceso que forma una persona se ha puesto en marcha y expresa que la desolación ha quedado neutralizada.

Quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones en relación a un poema escrito en prosa que el poeta peruano César Vallejo tituló *Alfeizar* y que considero pertinente para graficar algunas ideas relacionadas con el tema que vamos a desarrollar.

*Estoy cárdeno. Mientras me peino, al espejo advierto que mis ojeras se han amoratado aún mas, y que sobre los angulosos cobres de mi rostro rasurado se ictericia la tez acerbadamente.*

*Estoy viejo. Me paso la toalla por la frente, y un rayado horizontal en resaltos de menudos pliegues, acentuase en ella, como pauta de una música fúnebre, implacable... Estoy muerto.*

*Mi compañero de celda liase levantado temprano y está preparando el té cargado que solemos tomar cada mañana, con el pan duro de un nuevo sol sin esperanza.*

*Nos sentamos después a la desnuda mesita, donde el desayuno humea melancólico, dentro de dos porcelanas sin plato. Y estas tazas a pie, blanquísimas ellas y tan*

*limpias, este pan aun tibio sobre el breve y arrollado mantel de Damasco, todo ese aroma matinal y doméstico, me recuerda mi paterna casa, mi niñez santiaguina, aquellos desayunos de ocho y diez hermanos de mayor a menor, como los carrizos de una antara, entre ellos yo, el último de todos, parado junto a la mesa del comedor, engomado y chorreando el cabello que acaba de peinar a la fuerza una de las hermanitas; en la izquierda mano un bizcocho entero ¡había de ser entero! y con la derecha de rosadas falangitas, hurtando a escondidas el azúcar de granito en granito...*

*¡Ay!, el pequeño que así tomaba el azúcar a la buena madre, quien luego de sorprenderle, se ponía a acariciarle, alisándole los repulgados golfos frontales:*

*—Pobrecito mi hijo. Algún día acaso no tendrá a quien hurtarle azúcar, cuando él sea grande y haya muerto su madre.*

*Y acababa el primer yantar del día, con dos ardientes lágrimas de madre, que empapaban mis trenzas nazarenas.*

(C. Vallejo. *Alfeizar. Escalas melografiadas*)

En *Alfeizar* Vallejo describe esa experiencia tan poco animal que es la de mirarse en un espejo bajo el asedio de sentimientos que tienen que ver con lo muerto, con lo que no tiene el color, el aroma y la textura de lo vivo, con lo que nos acerca a la más radical ausencia de deseo. Sabemos que los primates pueden incluso reconocer su imagen en el espejo, pero sólo en el ser humano la imagen puede esconder la mirada de algún otro, de tal manera que en ese acto están presentes al menos tres personas. La mirada sobre nuestra imagen depende de la mirada que nuestra madre nos dio al reconocernos en nuestras necesidades existenciales y ese es nuestro referente desde el cual nos miramos, porque en el mundo externo no existe nada igual en lo cual podamos reconocernos. Sólo nos conocemos por las reacciones que generamos en los demás. La percepción de nosotros mismos es una compleja construcción basada en el reconocimiento que desde afuera se hace de nuestro ser. Nosotros ni siquiera hemos decidido estar en este mundo; así de esencial es la presencia del azar, de lo imprevisto en nuestras vidas y de nuestra esencial dependencia y vulnerabilidad.

La mirada de la madre no solo es un espejo en el cual nuestra existencia queda reconocida, sino que la valencia afectiva que nuestra imagen nos devuelve refleja una identificación primaria a través de la cual nos apropiamos del deseo de vivir. Esta puede tener dos destinos posibles; puede resultar alienante o historizante. Alienante cuando algo se congela y encierra al sujeto en

un plano bi-dimensional; historizante cuando la mente adquiere movilidad y apertura sin fin en un espacio tridimensional donde es posible que el sujeto sea capaz de dialogar con el objeto y consigo mismo para crear una narrativa con profundidad temporal. Pienso que podemos conceptualizar a estos procesos de identificación como una forma muy sofisticada de memoria y, en el caso particular de la que estoy hablando, como una memoria viva, actuante, tanto de nuestra representación como de la particular relación que establecemos con el objeto. Advenido el narcisismo, la experiencia sana lo modifica cuando logramos ser nuestros amigos y conseguimos dialogar con nosotros mismos. Esta situación curiosa es la señal de que hemos madurado y nacido como personas que saben que el otro existe más allá de nuestras necesidades y deseos, y que le debemos gratitud y libertad.

En general, en nuestro trabajo cotidiano podemos registrar innumerables relatos donde la relación de sí mismo con su propia imagen es el nudo de la comunicación de un paciente. Recuerdo, por ejemplo, a una paciente de raza negra que detestaba su imagen en el espejo debido a que su madre la denigraba cuando le teñía el pelo de rubio; a un joven que cuando atravesaba por momentos depresivos se sorprendía al sentir que su imagen en el espejo lo reconfortaba; a otra paciente que sentía que su imagen en el espejo se movía como si fuera devorada, evidencia de la ausencia de alguna densidad materna en la cual alojarse; por último a otro paciente que luego de algún tiempo de análisis puede decir, en relación a la ampliación de su autoconocimiento, algo tan extraño como que el análisis es como mirar detrás del espejo.

Lo que Vallejo nos describe puede perfectamente asimilarse a lo que cualquier paciente nos podría narrar en una sesión analítica cualquiera. El poema comienza con una descripción de un estado de ánimo que acompaña al poeta desde su despertar y que, probablemente, sea una extensión de alguna experiencia onírica a la que dibuja en un espejo para que un espectador pueda ver lo que el mismo está viviendo y viendo. El espejo se transforma en un lienzo... En ese espejo no hay nadie con quien dialogar.... El mundo interno queda impreso en un rostro que es copia fiel del sentir del poeta. El self y su imagen son la misma cosa... Él y su imagen son dobles el uno del otro.... La imagen en el espejo representa al doble muerto del poeta.

El aroma matutino le evoca por libre asociación, desde lo sentido y lo pensado, un desayuno de cuando él era niño. Sin embargo, tengo la convicción que los dos desayunos son idénticos. Podría pensarse que el desayuno de la celda es una reminiscencia del desayuno santiaguino, o viceversa, pero me

animo a plantear que lo que realmente importa es la vivencia que en ambos se repite. Eso es lo que los homologa y por lo tanto coloca la experiencia fuera de toda temporalidad; la narración del recuerdo es la pintura alienante que el poeta lleva dentro y que magistralmente plasma en el lienzo en el que ha transformado el espejo. En un presente inmóvil la interpretación no debe ser una reconstrucción de nada, es más, estoy convencido que nuestra mera participación verbal es absolutamente insuficiente para dar movilidad a ese juego de imágenes. Tiene que producirse algo del orden de la existencia que introduzca novedad y movilidad en la mente del paciente. Solo una mente puede transformar a otra, solo un acto humano puede imprimir movimiento a otro, del mismo modo que la mente de una madre da concreción a lo que solo viene como una potencialidad.

La narración del recuerdo es la memoria de algo que se está viviendo mientras prepara su desayuno. Son dos formas de recordar. Las palabras, a la vez que acercan, alejan; a la vez que alertan, esconden; a la vez que denuncian, encubren. Cuando un paciente me dice que se ha dado cuenta de que antes le pasaba “x-y-z”, acostumbro preguntar en voz alta: ¿antes?

El rostro que Vallejo describe está descompuesto, tiene colores, tiene volumen y ángulos, pliegues avejentados. Tiene música: una marcha fúnebre implacable. Casi diría que puedo ver el cuadro. Es la muerte al encuentro de la muerte, es el pan duro de un nuevo sol sin esperanza. El poeta nos describe vívida y gráficamente algo que está más allá de la soledad, del abandono y de lo añorado. Alude a su desolación, a su vacío y a su radical desesperanza. En este estado emocional recuerda su temprana infancia a la hora del primer alimento, aquel que sigue al despertar, cuando necesita robar unos granitos de azúcar a la buena madre, acto al que ésta responde con una melancólica caricia, acompañada de un fraseo que confronta al poeta con la idea de que algún día no habrá a quien robarle nada, con la idea de su futura muerte. Sin embargo, las lágrimas de la madre transforman el porvenir en una realidad actual, presente, y es de esto de lo que el niño se alimenta. El dolor se alimenta del afecto melancólico, anticipando lo que se está experimentando: el desamparo de su hijo. Esto es lo que se fija como memoria a través de una alienante identificación. Identificación que actúa como registro que vive y no que revive. Es la memoria que evoca, registra y delata un desencuentro inesperado para la mente de un infante, memoria de una ausencia y de una muerte precoz, rostro que alimenta y dibuja un rostro texturado por una lágrima.

Se estampa en la mente del poeta esa terrible experiencia de estar frente a una ausencia, experiencia en la que el sujeto que la sufre no sabe si lo que falta está adentro o afuera, aunque en realidad está adentro y afuera como agujero lleno de anobjetalidad y vacío. En la melancolía que estas frases destilan cabalga la muerte psíquica.

Pienso que es este aspecto depresivo de la madre el que Vallejo pinta en el espejo; la muerte convive en el presente y en el pasado y por eso los dos desayunos son idénticos, y por eso no importa si es presente o pasado. El yantar matutino de Vallejo son dos ardientes lágrimas de madre tanto en su celda como en Santiago de Chuco. La imagen pintada en el espejo, referente de una identificación alienante e inmovilizante, es el doble muerto de Vallejo, es la memoria de una madre muerta que como fantasma sobrevive al paso del tiempo, y es ubicuo en el espacio. Uno de esos espacios donde puede transitar esa memoria viva es el espacio analítico, y el problema técnico que se nos plantea es qué hacemos con ella. La madre llorosa del recuerdo representa el mundo vacío y desalentador de su celda que, cual sepulcro, saca de este mundo a lo que no pudo ser fertilizado.

*Alfeizar* me ha remitido a una experiencia esencialmente humana, compuesta de elementos inter.-subjetivos e intra-psíquicos, en la cual se pone de manifiesto lo que podríamos llamar la tri-dimensionalidad de la experiencia humana, donde es posible dialogar con nuestra imagen y a su vez con otra persona representada en esta. El Self, su auto-representación y el objeto. Vallejo nos invita a ubicarnos en ese invisible “alfeizar” de lo interno y lo externo, de lo pasado y lo presente, de lo propio y de lo ajeno. En ese espacio, en ese tiempo y en esa interacción danza la vida.

Podríamos pensar que este doble muerto pintado en el espejo, esta memoria viva y en este caso actuante como una identificación alienante, es una de las consecuencias que inevitablemente nos impondrán las frustraciones del existir al aproximarnos al desamparo psíquico prototipo de toda angustia posterior. De esta manera se construye una imagen opuesta a la que origina el sentimiento oceánico —la que existe como paradigma de plenitud, fe, y comunión sosegante—, y se construye la imagen de un ser desvinculado, desesperanzado y aterrorizado. Pienso que, así como Bion planteó la idea de que existe en el bebe humano la preconcepción del pecho, también podemos plantear la existencia de una preconcepción no pecho.

Winnicott decía que el bebe encuentra el pecho anhelado en un clima de omnipotencia. El infante encuentra lo que espera encontrar, de alguna manera

sabe lo que quiere y necesita y, aparentemente, no se cuestiona su no existencia. El conocimiento y la emoción caminan de la mano.... La pulsión y el objeto se presuponen, intrínsecamente; la pulsión conoce su objeto y como decía Ferenczi, lo busca a él antes que al placer. En ese estado límite entre lo anímico y lo somático el objeto es conocido en potencia como una preconcepción. Pienso que ni siquiera se puede decir que el pecho es anticipado; es algo sabido pero no experimentado. Este aspecto de la mente primitiva requiere de la presencia concreta del pecho y de la mente de una madre en el mundo exterior.

Así como existe esta preconcepción del pecho, creo que también tenemos instaurado en nuestro ser la preconcepción no pecho. Es decir, sabemos, conocemos de manera potencial, de manera innata, la experiencia de la ausencia, de la frustración y la desesperanza. Tengo la impresión de que el no pecho no es un derivado de una experiencia concreta de privación, como lo plantea Bion. Por lo tanto, las experiencias terroríficas primitivas, las agonías psíquicas, no son solo el producto de fallas de la ensoñación materna: son algo de lo cual esa capacidad de ensoñación también tendrá que hacerse cargo.

Considero que la existencia de una preconcepción de no pecho se encuentra también a la espera de una concreción y de una simbolización por parte de la madre. El bebe espera que este proceso, en el cual la preconcepción no pecho se encuentra con otra mente, sea parte de lo que necesita para transformar su mente en una psique humana. El no pecho no es producto de una frustración o de una falla ambiental. El terror sin nombre ocurre cuando el no pecho no encuentra concreción, porque la madre reacciona con angustia y defensas organizadas frente a la desolación. El terror sin nombre es la respuesta de angustia organísmica para no caer en experiencia de desolación. Es como un sistema de alarma psíquica cuando la supervivencia se pone en entredicho. La función de la madre radica en permitir sin culpa ni desesperación que el bebe humano transite por eso que también espera transitar, la experiencia de la muerte y de la ausencia. En este sentido, me animo a sugerir que la función materna por excelencia, en éste ámbito, es la de permitir a su bebe la sensación de que es posible sobrevivir a esa experiencia que también nos constituye como humanos. El terror sin nombre se cristaliza cuando la contención materna se muestra inútil para mentalizar vivencias de desolación lo que implica que el bebe humano ha sido expuesto brutalmente a experiencias de desamparo que concretizan lo temido-sabido: la experiencia de muerte, física y psicológica. No concuerdo, pues, con Freud cuando planteó que no existe inscripción de la muerte en nuestro inconsciente. Creo que la clínica nos demuestra cotidiana-



namente que no solo estamos constituidos de castración. Existen evidencias antropológicas, arqueológicas y hasta genéticas de que la tierra y la humanidad han sufrido catástrofes de magnitudes sorprendentes que los sistemas de memoria tienen que haber registrado de alguna forma. Las fantasías psicóticas de fin del mundo y las consideraciones sobre el Apocalipsis de casi todas las religiones son formas en las que se expresa esta condición primaria de nuestro ser. En esto coincido con Freud que siempre planteó que todas nuestras angustias habían sido originalmente hechos reales.

Pienso que la preconcepción del pecho y su mentalización ayudan al bebe a confiar, a tolerar el sufrimiento y la rabia, así como la frustración de la espera, mientras que la preconcepción del no pecho al ser mentalizada en el intercambio con su madre determina que el infante aprenda a sobrevivir a la ausencia, para poder lidiar con la realidad y con la amenaza de la pérdida y de la transformación, que también es pérdida, como elemento constitutivo de nuestro ser y del mundo en que vivimos. Esta es la razón por la cual los niños sobreprotegidos son tan frágiles para enfrentar la vida. La metabolización sana de ésta experiencia coloca la muerte en el futuro y nos instala en la aceptación de nuestra condición de finitos, sacándonos radicalmente de nuestro también inherente anhelo de divinidad. La plenitud y la desolación son emociones básicas del ser humano que corresponden al saber innato, inherentes a las preconcepciones de pecho y no pecho, que al ser moduladas a través de la maduración y la experiencia, en intercambio con otra mente, permitirán que el infante sepa que existe como una persona que puede aspirar a la integridad, a la soledad, a la intimidad, a la autenticidad y a tolerar el siempre azaroso e imprevisible tránsito de nuestro ser por esta carretera inconclusa que es la vida.

Finalmente desearía remarcar que la relación con la madre tiene un valor estructurante para la mente del bebe, de allí que condiciones que alteren el ambiente que lo rodea van a producir inexorablemente fallas en los pilares más básicos de la personalidad, antes incluso de la adquisición del lenguaje. No va a existir química que sustituya el valor transformador de una mente sobre otra, y por lo tanto el único órgano que no va a poder ser transplantado va a ser el cerebro, no porque algún día no se pueda hacer en términos prácticos, sino porque entonces estaríamos hablando de otro ser humano. La apuesta por el psicoanálisis, por el valor del encuadre psicoanalítico y por la intimidad estructurante del diálogo psicoanalítico, es un regalo del Psicoanálisis a la humanidad que ésta no podrá abandonar, del mismo modo como tampoco hemos abandonado la escritura, la rueda, la lanza y el fuego. Es en este sentido que

estoy seguro de que Sigmund Freud nos inmunizó contra la posibilidad de sufrir una cuarta herida narcisista: la de ser, sin saberlo, agentes ciegos de procesos electro bioquímicos, a pesar de su propio pronóstico, y por eso le debemos eterna gratitud.

### Referencias bibliográficas

- Bion, W. (1972). *Volviendo a pensar*. Buenos Aires: Ed. Hormé.
- \_\_\_\_\_.(1980). *Aprendiendo de la experiencia*. Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1926). Inhibición, síntoma y angustia. En: *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Scerpella, R. (1987). De la Desolación al Narcisismo. En: *Revista del Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima*. Año 1, #1.
- \_\_\_\_\_.(2013). El Niño del Carretel II. En: *Psicoanálisis. Revista de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis*. #11.
- Vallejo, C. (1923). *Escalas melografiadas*. Ed. Serpis. (2012).
- Winnicott, D.W. (1963). El miedo al derrumbe. En: *Exploraciones Psicoanalíticas*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_\_\_.(1971). *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Ed. Laia.
- \_\_\_\_\_.(1980). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.

### Resumen

El autor postula la preconcepción no pecho y la idea de un doble muerto como parte constitutiva de la identidad. Afirmando la existencia de una representación de muerte en el inconsciente, una vulnerabilidad sobre la que construimos nuestra persona, profundiza sobre la desolación. Desolación como vivencia de caos, desesperanza radical y vacío, y cuyo registro considera esencial en el trabajo analítico, tanto desde el paciente como desde el analista, y como esta vivencia puede transformarse en un poderoso factor que distorsiona el rol del psicoanalista. Recurre a un poema escrito en prosa cuando Vallejo se encuentra en prisión, para describir la experiencia de estar frente a una ausencia donde la falta es interna y externa “como agujero lleno de vacío”. El autor apuesta por el psicoanálisis, por su encuadre y la intimidad estructurante de su diálogo.

**Palabras clave:** Desolación, doble, espejo, muerte, preconcepción no pecho, relación madre-bebe.

**Abstract**

*The author introduces the non-breast preconception and the idea of a double dead as constitutive of identity. While affirming the existence of a representation of death in the unconscious, a vulnerability upon which we build our person, he delves on desolation. Desolation as an experience of chaos, emptiness and radical hopelessness, and considered essential in analytical work, both from the patient and the analyst, and how this experience can become a powerful factor that distorts the role of psychoanalyst. Using a prose poem written when Vallejo is in prison, describes the experience of being faced with an absence, internal and external, "as a hole filled with emptiness". The author reaffirms psychoanalysis, for its framing and structuring intimacy of their dialogue.*

**Key words:** *Desolation, death, double, mirror, non breast preconception, mother-baby relationship*